

VENCER

REVISTA MENSUAL DE LA RESIDENCIA PROVINCIAL DE VALLADOLID

Año III

Agosto 1939

Núm. 31

SUMARIO

<i>El niño se va a descansar</i>	255
A. MARTÍ.— <i>Psicología pedagógica.</i> —«Tets» o Centros de interés	256
<i>Origen de las Escuelas del Sacro Monte</i>	258
F. MARTÍ.— <i>Litúrgica.</i> —Orientaciones	260
ALBARRÁN.— <i>Hombres del Imperio Español.</i> —La misa inacabada y la misa completa	265
<i>Teatro de niños.</i> —Don Panchico	267
<i>Himno a Castilla</i>	271
X y Z.— <i>Ciencia doméstica</i>	273
E. VILLALBA, O. S. A.— <i>La Virgen de la Peña.</i> —Canción de la provincia de Valladolid	274
JOTAKÁ.— <i>Geraso y Tom</i>	276
<i>Buzón de cosas útiles</i>	278
FILLÍN.— <i>Fútbol.</i> —Cartilla futbolista	280
<i>Crónicas cortas</i>	282
<i>El Credo</i> (dibujos)	284

DIRECTOR Y ADMINISTRADOR: DON ANTONIO MARTÍ FERNÁNDEZ

VENECER

REVISTA MENSUAL DE LA RESIDENCIA PROVINCIAL DE MADRID

Núm. 31

Año III



Con censura eclesiástica



El niño se va a descansar

Hermosísima y angelical es la figura de este niño, bella imagen de la inocencia y del candor. Al verle descender la escalera para irse a la cama, recordamos aquel verso de Rubio: «¡Bella es la infancia, el niño, aquí, en el suelo, es de amor y de inocencia un serafín; para amar le hizo hermoso el Dios del cielo; para orar le dió labios de carmín!»

Psicología pedagógica

“TETS” O CENTROS DE INTERÉS

Decía, y con gran acierto, un maestro un tanto extranjerizado, como, por desgracia, hay muchos en nuestra Patria, por la sola razón de que a los españoles nos parece siempre mejor lo que viene de «allende los Pirineos», que «el niño tiende espontáneamente, según su naturaleza, hacia determinados objetos del mundo del saber, y la acción educativa no tiene otra misión que la de buscar esos objetos y construir con ellos el programa de la escuela, ya para un curso o para un mes, para una semana o un día.

Encontrados estos objetos, el interés se proyectará sobre ellos de una manera automática; el interés no será más que la respuesta que las tendencias innatas dan a la llamada de los objetos que las satisfacen. No hay más que un camino para que la enseñanza sea provechosa: el que sigue esta trayectoria: impulso vital, instinto, tendencia latente, apetencia, interés.»

Seguramente, Decroly ha dictado esas frases.

Y sigue diciendo: «El maestro se encontrará muy a menudo con motivos u objetos hacia los cuales el niño no siente ninguna llamada interior: el interés natural. Y entonces tendrá que producirse la llamada exterior, a la que pudiéramos llamar *interés artificial*. Los medios para esto son múltiples y dependen ante todo de la iniciativa del maestro. Y más que de la iniciativa, de la gracia.»

Acaba recomendando que procuren todos los que tengan que enseñar a niños, especialmente a pequeños, que, siempre que les sea posible, comiencen sus lec-

ciones despertando el interés de los alumnos.

¿No es esto, precisamente, lo que se hace en nuestro españolísimo método Avemariano? Estudiadlo bien y veréis que lo mejor de todos ellos está comprendido en éste, y que don Andrés Manjón superó a todos los pedagogos, porque, a la par que, como ellos, estudiaba la psicología infantil (que llegó a conocer cual ninguno, porque la luz de la fe iluminaba su inteligencia) y ordenaba el método para la formación intelectual del niño, lo reforzó con una completa orientación para la formación moral, que los más *famosos pedagogos* dejaron olvidada o despreciada.

Todos distinguen, con más o menos precisión, tres aspectos principales en el desenvolvimiento de la enseñanza. El primero que se fija únicamente en la meta a que ha de llegar el educando, sin reparar en la trayectoria que ha de seguir para llegar a ella. El segundo que pone los ojos exclusivamente en el alumno y se extravía o vacila del fin que la educación debe proponerse. El tercero procura armonizar ambas cosas, y tomando como punto de partida lo que en el niño hay, su índole propia, y proponiéndose claramente el *fin* de la educación, busca la manera de desarrollar lo que en el alumno ha hallado, hasta conducirlo a lo que pretende hacer de él. O, como decíamos en el número de nuestra Revista correspondiente al mes de Junio, «toma al niño tal cual es para hacerlo cual debe ser.»

Este tercer aspecto del desenvolvimiento pedagógico, que es la síntesis

de los anteriores y perfecciona a entrambos, es el seguido en las escuelas Avemarianas, en la forma más racional y aceptable, puesto que, oponiéndose rotundamente al antiguo y bárbaro aforismo que dice: «la letra con sangre entra», tampoco convierte la enseñanza en un *juego*, como afirman muchos ignorantes en la materia que, fijándose sólo en la forma de exponer las lecciones, no se detienen a estudiar lo que en el fondo se enseña. El estilo manjoniano procura por todos los medios que los niños lleguen al vencimiento propio, quitando o, por mejor decir, suavizando el esfuerzo penoso necesario para ello y que, naturalmente, repugna a las tendencias infantiles.

Si para educar la voluntad hay que exigir al educando esfuerzos morales,

y para cultivar la inteligencia hay que obtener de él esfuerzos mentales, la cuestión queda reducida a saber *por qué medios* se obtendrán del alumno esos esfuerzos que son condición indispensable de la labor educativa. Indudablemente, podremos obtener del alumno esos esfuerzos facilitándoselos; restándole, cuanto esté de nuestra parte, la violencia que tendrá que hacerse para llevarlos a cabo. He aquí el único fin del estilo Avemariano. Acercarse al niño, estudiar sus aptitudes y formarlo física, intelectual y moralmente, con la mirada fija en su alma y en su cuerpo; en sus destinos temporales y eternos, o lo que es lo mismo, en Dios y en la Patria.

ANTONIO MARTÍ



Origen de las Escuelas del Sacro Monte

Corría el año 88 del pasado siglo. Don Andrés Manjón, el burgalés insignie cuyo corazón enamorado de Cristo había consagrado todas sus energías al bien de los pobres, albergaba en su mente una idea sublime: la de poder fundar una escuela que redimiese a los míseros gitanillos de Granada de la abyección en que yacían. Este era el sueño dorado que revolvía su cerebro: una escuela que infundiese el conocimiento de Dios y la luz de la civilización en las almas de aquellos infelices.

Era don Andrés canónigo del Sacro Monte y Catedrático de Derecho en la Universidad de Granada; iba todos los días de uno a otro punto montado en una pollina y repartiendo limosnas de cariño con sus palabras bondadosas y su mirar lleno de dulzura.

A poca distancia del camino oyó un día canturrear a un grupo de chiquillas y, llevado del interés que en él despertaban siempre los niños, se apeó de la burra y mirando al interior de una cueva, halló un grupito de niñas menores de diez años, alguna de las cuales, a juzgar por las apariencias, eran gitanas de pura raza. Presidía esta rudimentaria escuela una mujer pequeña y no bien nutrida ni trajeada, quien había formado en aquella cueva un centro de enseñanza y por la asistencia a él cobraba a cada niña la mísera retribución de cinco céntimos diarios. Esta mujer resultó ser una pobrecilla que para alimentar a sus tres hijos había ideado abrir aquella escuela, al fin de obtener de sus pobrísimas alumnas lo necesario para la vida. A esta «Maestra Migas», como la llamaban las personas que la conocían, de-

ben las escuelas del Ave María su nacimiento.

Conmovido profundamente el eximio pedagogo al ver las malas condiciones que reunía el local donde realizaba su labor la pobre maestra, le dijo:

—¿Quiere usted trasladarse con esas migajillas de criaturas que la rodean a otra cuevecita con casa que hay en el camino del Sacro Monte y yo pagaré las cuatro cincuenta pesetas mensuales que cuesta?

—Sí, señor —contestó la pobre mujer agradecida—; haremos lo que usted mande.

Como don Andrés lo dijo, así se hizo. Trasadáronse al nuevo local, donde se duplicaron las alumnas, y entonces el fervoroso apóstol propuso que subieran a oír misa los domingos y demás días de fiesta a la Colegiata del Sacro Monte, donde se les explicaba el Evangelio y la Doctrina Cristiana.

Así pasaron algunos meses, durante los cuales la «Maestra Migas» siguió enseñando a las gitanillas, hasta que las señoras de las Conferencias de San Vicente de Paúl que visitaban a los pobres de aquellos andurriales, pudieron informarse de que la tal maestra tenía poco de cuerda y por tanto no podía contarse con su cooperación para realizar los planes que respecto a escuelas tenía don Andrés Manjón.

Los hechos comprobaron esta verdad, pues en el verano del 89 la buena mujer desapareció, sin preocuparse de dejar a nadie noticias de su paradero.

En la formación de las escuelas del Ave María, resplandece de un modo admirable la Divina Providencia.

Cuando la primera cueva resultó insuficiente para albergar los muchos niños que iban, Dios, por medio de don Andrés Manjón, les facilitó una casa; cuando ésta resultó pequeña, se les compró un Carmen-Escuela, y cuando, andando el tiempo, hubo necesidad de aumentar clases, separar sexos, graduar y ampliar la enseñanza, Dios, que no es corto en dar, facilitó uno tras otro hasta ocho Cármenes colindantes, todos hermosos,

llenos de aire, luz y alegría. Así se formó, sin pensarlo nadie, la primera Colonia escolar permanente en el mundo.

Tal es la gran obra del insigne pedagogo burgalés que, ansioso del bien de sus hermanos, los pobres, los humildes, los míseros gitanillos de Granada, consagró a ellos todas las energías de su alma, todas las iniciativas luminosas de su privilegiado talento.



LITÚRGICA

ORIENTACIONES

Se habla y se escribe hoy en día de *movimiento litúrgico benedictino*. Parece indicarse con ello que se trata de un fenómeno benedictino: algo así como la expansión de la piedad benedictina. Ciertamente hay que reconocer que los RR. PP. benedictinos son los primeros y más eficaces apóstoles del movimiento litúrgico moderno. Pero estos beneméritos monjes son también los primeros en denunciar que es completamente *inexacto* el apelativo de *benedictino* con que se quiere bautizar al movimiento litúrgico de nuestros días.

Hoy el movimiento litúrgico es una corriente universal. La iniciativa corresponde cada vez más a los Obispos. En Polonia, Estados Unidos, Holanda y Portugal el movimiento litúrgico es obra casi exclusivamente diocesana. En España apareció en 1918 —del foco litúrgico tarraconense— un libro cuyo éxito prueba el hecho de hallarse hoy completamente agotado: *El valor educativo de la Liturgia*, del Dr. Gomá.

La reacción litúrgica en su crítico momento

Vivimos en una época en que las ideas y tendencias creadas en las resoluciones ideológicas de cuatro siglos se desvirtúan y aun se desvanecen; entre otras, la tendencia individualista que germinó en el Renacimiento. La idea de lo orgánico, de la comunidad, es la explicación, v. gr., del comunismo ruso (adoración del hombre corporativo, simbolizado en el hombre-máquina) ⁽¹⁾.

El renacimiento litúrgico de nuestros días al acentuar la idea de lo orgánico y corporativo, la idea de la compenetración de los fieles en



(1) Elorriaga, *El renacimiento litúrgico moderno*. «Razón y Fe», pág. 348, Noviembre 1934.

la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, ha de hallar, sin duda, un eco de singular simpatía en la presente generación ⁽¹⁾.

Si en el pasado, en merifísimas obras ascéticas, se acentuó la idea del individuo, si se olvidó casi en absoluto la idea de comunidad, la unión de los fieles en un mismo cuerpo cuya cabeza es Cristo, hoy se acentúa con exceso por algunos liturgistas la idea de lo corporativo y orgánico ⁽²⁾. Vivimos en la crisis de la reacción, y las reacciones son casi siempre extremosas.

Creemos justo el reproche que los litúrgicos dirigen a ciertos autores ascéticos de pasados siglos; se ha concedido excesivo valor al esfuerzo subjetivo; se ha convertido en *ética* la vida espiritual; parece olvidarse a veces el valor de la gracia ⁽³⁾. Pero es igualmente peligroso el exceso contrario.

El culto litúrgico ha de tener siempre primacía

No es admisible, ni puede serlo jamás, pretender que la Liturgia sea la forma única de la piedad colectiva. Ello implicaría el gravísimo error de desconocer las necesidades y exigencias múltiples del pueblo creyente. Debe procurarse que, aunque la Liturgia y la piedad popular tengan sus fines y formas privativas, sea el culto litúrgico el que tenga siempre la primacía y el rango preferente. La Liturgia es por esencia y debe serlo por antonomasia la *Lex orandi*: la oración no litúrgica deberá siempre ajustarse a ella, renovarse y fertilizarse en ella, para poder conservar su frescura y vitalidad perenne ⁽⁴⁾.

La Liturgia es como la norma por la que cualquiera otra manifestación de vida espiritual reconocerá de un modo constante y seguro sus posibles desviaciones, y la que le servirá, indefectiblemente, para retornar en todo caso a la *Vía ordinaria* ⁽⁵⁾.

Las dos formas de oración, la individual y la universal, deben coexistir en el individuo, prestándose mutuamente su calor y fecundidad. No hay que olvidar que no somos sólo individuos aislados, sino que pertenecemos al organismo de una comunidad viva.

Por otra parte, la Iglesia recuerda y aconseja insistentemente — como

(1) Guardini (Dr. Romano), *Von heiligen Zeichen*, pág. 9, Mainz, 1929.

(2) A. Boehm, *Une nouvelle agression liturgique*, en «Rev. de Sc. relig.», 14-96-111.

(3) J. Jungmann, «Th prak. Quartalschrift» (Linz) 86 (1933, págs. 716-735).

(4) Guardini (Dr. Romano), *El Espíritu de la Liturgia*, págs. 66-67, cap. I. Barcelona.

(5) P. Mersch, *Prière du chrétien, Prière des membres*, en la «Nouvelle Revue Theologique», página 104, Febrero 1931.

lo demuestran sus sabias prescripciones litúrgicas— que, al lado de la vida litúrgica y paralela a ella, debe cultivarse con todo esmero la vida de oración individual, por medio de la cual el alma expone libremente a Dios sus necesidades y sus íntimos anhelos y se puede explayar espontáneamente dando rienda suelta a sus fervores, elevaciones y gustos puramente individuales. Precisamente, de esa vida se nutrirá la vida litúrgica y recibirá su calor y matiz peculiar ⁽¹⁾.

Si falta o fracasa la espontaneidad de esa vida de oración personal, entonces se convertiría la Liturgia en *forma exclusiva de vida espiritual*, y bien pronto la veríamos marchitarse y degenerar en puro y mecánico formulismo exterior, frío y anémico ⁽²⁾.

Pero si, al contrario, desaparece y muere la vida litúrgica, y queda sola y desguarnecida la vida de oración particular, entonces, ya lo estamos viendo, la experiencia de todos los días nos alecciona crudamente y nos demuestra paladinamente las desastrosas consecuencias de ese fenómeno... ⁽³⁾.

Se ha dicho que la Liturgia es el Catecismo de los seculares. La Santa Sede en su nueva Colección de Indulgencias ha procurado y ha demostrado su tendencia a indulgenciar las oraciones litúrgicas. El Vaticano ha venido a demostrarnos con su conducta cuanto acabamos de teorizar.

FRANCISCO MARTÍ

(1) Jos. Brögger, *Kirche und Kanzel*.

(2) *Liturgie et vie Laïque*, 1927, publicado en «Wiederbegegnung von Kirche und Kultur in Deutschland.»

(3) Mersch (P. Emilio), S. J. *Le corps mystique du Christ*.

Hombres del Imperio Español

LA MISA INACABADA Y LA MISA COMPLETA

Pedro Poveda Castroverde, fundador de la Institución Teresiana.—Madrid.

(Conclusión)

Al día siguiente, fiel a la promesa que había hecho a su hermano, se levantó un poco más tarde.

Poco antes de las ocho comenzaba a revestirse los ornamentos sagrados. Pero antes de salir a decir misa llamó a la Directora de la Casa y le preguntó si estaba bien guardada la portería. No era miedo; era que no quería, de ninguna manera, que le interrumpiesen, acaso, mientras celebraba. De todas maneras estas precauciones del Padre parecían denotar que su corazón le decía ya algo.

A las ocho en punto salía ya revestido al oratorio. En el oratorio estaban todas las Teresianas de la Casa Central. Y estaba también su hermano, Carlos, para ayudarle a misa. Nunca pareció tan familiar la familia Teresiana. Ni el Padre tan Padre. El oratorio era cenáculo y catacumba.

El Padre comenzó la misa.

«...Que el Señor me conceda la gracia de decir misa todos los días, hasta el último de mi vida...»

27 de Julio de 1956...

También este día el Señor le otorgaba la anhelada gracia.

Pero esta misa del Padre Poveda no era como las otras que durante tantos años él había celebrado. No lo era en los designios de Dios y no lo era tampoco para él... Bien claro lo veía su hermano y lo veían todas las Teresianas que asistían a aquella misa. El Padre la

decía de otra manera. Siempre celebraba él con devoción extraordinaria y con tal unción y recogimiento que movía a fervor. Pero esta mañana... Esta mañana había algo que no había otras veces en aquella sabrosa lentitud, en aquellos ademanes tan llenos de devoción, en aquella sobrenatural compostura... Y en sus ojos y en su semblante...

Don Carlos y las Teresianas se miraron varias veces durante la misa. Y ni ellos sabían lo que con aquella mirada se querían decir. Pero se lo decían todo...

Y llegó el momento de la comunión.

Volvióse el Padre y, antes de comenzar a repartirla, preguntó si estaban todos los que habían de comulgar. Parecía que el Padre Poveda, como un padre que hace testamento, estaba entonces en trance de distribuir su herencia y sus riquezas y no quería que ninguno de los suyos se quedase sin su parte. Él, que tanto les había dado hasta entonces, al fin, quería darles a todos el último y más preciado tesoro que tenía..., aquellas hostias consagradas en su postrera consagración.

Le respondieron que sí, que allí estaban todos.

Y a todos y a cada uno les fué dando la comunión.

Él se la daba de una manera que hacía temblar de fervor y de reverencia.

Ellos... ellas, las Teresianas, sus hijas, la recibían con un sobrenatural estreme-

cimiento, como si todo estuviese claro, como si lo supiesen todo...

Y no, no lo sabían. Pero lo iban a saber en seguida.

Acabada la misa, el Padre Poveda se retiró a su despacho. Sobre la mesa había una muy dulce imagen de la Piedad a la que el Padre tenía gran devoción. Ante esta imagen se arrodilló y comenzó a dar gracias.

¡Sí, sí, gracias!... Un poco prematuras eran estas gracias, porque aquella misa, por la que él se las daba a Dios..., aquella misa ¡no estaba terminada!

Tenía que ser más larga y más misa...

Apenas habían pasado unos minutos cuando entraron a decirle que unos milicianos armados le buscaban. Unos instantes más y he aquí a su hermano que sube con ellos.

Eran cuatro. Caras de asesinos. Ojos feroces. Ademanos de criminales. Decían que tenían sed de sangre.

Don Pedro les pidió permiso para cambiarse de traje y ellos accedieron.

A los pocos minutos el Padre salió, vestido de seglar, y se entregó a ellos.

Su hermano rogó a los milicianos que le permitieran acompañarlos y también se lo consintieron. Pusieron al Padre en medio de los cuatro y bajaron la escalera.

Abajo ya, a la misma puerta de la calle, estaba la Directora de la Casa y, con ella, un grupo de Teresianas.

El Padre pasó por entre ellas.

Las miró.

Y ellas también le miraron. Iba sereno. Su cara, demacrada por el sufrimiento de aquellos días, había recobrado una expresión de gozo que la hacía resplandecer. Sus ojos radiantes y dulces... ¡Oh! ¡Cómo miraron entonces a sus hijas!

A la puerta les estaba esperando un coche.

En él metieron a don Pedro. Y en él se lo llevaron. ¿Adónde? ¿A qué? ¡A terminar su misa! ¡A completar el sacrificio de aquel día!

Porque he aquí que en los designios de Dios la misa de aquel día había de ser muy larga y muy misa; y aquel sacrificio no había de estar completo sino con la inmolación de dos víctimas. Una de ellas quedaba ya inmolada sobre el altar del oratorio del Padre. Faltaba la inmolación de la otra.

Y la inmolación comenzó, ya de una manera definitiva, apenas el Padre Poveda entró en el coche de los asesinos. ¿Recordáis lo que antes dijimos que cuando aquellos esbirros subían por la escalera iban diciendo que tenían sed de sangre? Muy pronto se vió que era verdad lo que decían, que sí, que tenían sed de sangre y sed de venganza en su víctima.

Ya al meterle en el coche lo hicieron a empujones, entre blasfemias y palabrotas. Y una vez que le tuvieron en sus garras, a pesar de la presencia de su hermano, comenzaron a desfogar su rabia contra él, como si el Padre Poveda les hubiese hecho un grande mal. Le insultaban, le decían las palabras más groseras y aún le daban golpes y patadas.

El Padre todo lo sufría en silencio y, en el fondo de su alma, los perdonaba y los excusaba. Tal vez repetía en su corazón las palabras que unos días antes había pronunciado al escuchar algunas inectivas contra aquellos desgraciados:

¡Pobrecitos! ¡No son ellos los culpables!

Desde casa llevóle, primero, a la calle de la Luna. Allí le metieron en

una taberna y en ella le tuvieron varias horas. Entre risas, chacotas y amenazas hicieronle beber vino.

Como aquel otro que Cristo probó, en la Cruz, ¡cuánta hiel tenía este vino que hubo de gustar el Padre!

Cuando ya se cansaron de taberna, volviéronle al coche y le condujeron—lo mismo que a Jesucristo— a los tribunales del pueblo. Y para que su proceso fuese la más exacta reproducción del de Cristo, no se contentaron con un solo tribunal, sino que le llevaron de checa en checa, por los centros de la F. A. I., de la C. N. T., de la Casa el Pueblo.

En todos estos tribunales le hicieron las preguntas y las acusaciones acostumbradas: quiénes eran los cómplices de sus manejos fascistas; que él era fascista y que tenía en su casa reuniones fascistas. Él a todo respondía:

—Soy sacerdote y ministro de Cristo.

La última estación de este Vía-Crucis fué la Casa del Pueblo. Aquí volvieron a tomarle los mismos milicianos que le habían prendido. Metiéronle de nuevo en el fatídico coche y otra vez le condujeron hacia la calle de la Luna, hasta aquella taberna donde antes le habían prendido. Y aquí ya tuvo lugar una escena que hubo de ser para el pobre sacerdote de las más dolorosas de su pasión. Hasta entonces, por todas las estaciones de su vía dolorosa le había acompañado siempre su hermano. Ahora ya los asesinos querían quedarse solos con el Padre, es decir, con su presa. Dijeron, pues, a don Carlos que ya no podía seguir acompañando a su hermano, que era preciso que se retirase. El pobre don Carlos se atrevió a rogarles que le concediesen aquel favor. Pero todo fué inútil. No había otro remedio si no separarse.

El Padre abrazó a su hermano y, con voz completamente serena, le dijo:

—Adiós, Carlos, se ve que Dios, además de Fundador, me quiere mártir.

Estas son las últimas palabras que conservamos de él.

Don Carlos echó a andar como un autómatas, sin pensar siquiera adónde se dirigía.

Al Padre le hicieron entrar nuevamente en el coche y con el entraron también los criminales.

Ya estaba el Padre sólo, con sus verdugos. ¡Que terrible soledad! ¡Qué terrible tormento!

Trepidó el motor del coche y don Carlos volvió la cabeza.

El coche, en marcha.

Partió.

Don Carlos le siguió con los ojos. Pero, a los pocos momentos, le perdió de vista.

A la mañana siguiente dos teresianas, Emma y María, buscaban a su Padre por Madrid. Sin saber adónde dirigirse, se encaminaron, por fin, hacia el Cementerio del Este. Entraron en el Cementerio y el guarda les dijo que en la capilla había varios cadáveres sin identificar. Las Teresianas se dirigieron hacia la capilla.

Por el camino, Emma, licenciada en medicina, le iba diciendo a María:

—Entraré yo que tengo más costumbre de ver cadáveres, para que tú no te impresiones.

Pero María no se dejaba convencer. También ella quería ver con sus ojos si su Padre estaba o no en la capilla.

Así iban hablando cuando cerca ya de la puerta Emma le dice a María:

—No mires a la derecha, porque hay un corro de hombres que me parece que andan con un cadáver.

La advertencia, como era natural, no sirvió sino para que María volviese, instintivamente los ojos al grupo.

Miró, pues, y dió un grito.

Efectivamente, aquellos hombres tenían en medio un cadáver. Sobre el pecho del cadáver María había visto, casi había adivinado, un escapulario de la Orden Tercera del Carmen.

Era el Padre.

Las dos Teresianas corrieron hacia él; abriéronse paso entre los hombres y, una a un lado y otra a otro del cadáver, se arrodillaron...

El Padre Poveda yacía tendido sobre un cajón de madera. Estaba vestido de seglar, pero tenía encima de la americana el escapulario grande de la Orden Tercera de la Virgen del Carmen. Rodeábale el cuello, con dos vueltas, la correa de Nuestra Señora de la Consolación, que él llevaba siempre. Se ve que cuando se dió cuenta de que le mataban él mismo se sacó hacia fuera el escapulario y se rodeó al cuello la correa, para ser y mostrarse, en la hora de la muerte, tan hijo y siervo de la Virgen como lo había sido y se había mostrado en vida.

El cadáver estaba lleno de sangre. Tenía la cara apacible, pero había en ella gestos y contracciones que eran huellas de un terrible sufrimiento.

Aún conservaba un poco de calor.

Eran las once de la mañana.

Debieron matarle, ya bien entrado el día. Seguramente a la misma hora en que el día anterior estaba celebrando misa en su oratorio.

¡Celebrando misa! Aquella misa, aquel sacrificio, que no había de estar completo sino con la inmolación de dos víctimas.

Ya están inmoladas las dos.

Ayer, sobre el altar del oratorio, la Víctima Eterna, Cristo Jesús, sacrificado por sus sacerdotes.

Hoy, el sacerdote que se ha convertido en víctima...

El cadáver del Padre Poveda yace,

ensangrentado, agujereado de balas, sobre el cajón de madera.

Esta caja de madera es el altar.

Sobre él está la víctima.

Ya sólo falta una cosa para que la misa esté completa: la comunión de esta segunda víctima.

Las Teresianas quisieron recoger las reliquias de su Padre: la correa, la bufanda, el escapulario...

La correa estaba empapada en sangre.

La bufanda, agujereada de un balazo, también empapada en sangre.

El escapulario, por la parte de adelante, estaba sobre el pecho, limpio y seco. La parte posterior se había quedado debajo de la espalda del Padre.

María levantó un poco el cadáver para sacar el escapulario.

También el escapulario tenía en la parte de la espalda un balazo y este pedazo posterior estaba también todo mojado de sangre.

¡Cuánta sangre, señor, cuánta sangre!

¡Y estaba todavía caliente!

—Lávese, señorita, que aquí hay un grifo, dijo uno de aquellos hombres.

¡Sí, sí, lavarse! ¡Cómo aquella Teresiana iba a lavarse la sangre de su Padre?

Aquella Teresiana era entonces toda la Institución Teresiana, a la cual su Padre y su Fundador daba, en aquella hora última y definitiva, la comunión ardiente de su sangre. Por eso esta sangre de Padre y de Fundador no se había helado, se había mantenido caliente en el cadáver del mártir hasta que llegó la primera hija a recogerla.

Y la recogió. Es decir, recibió la comunión de la sangre de su Padre.

Y en ella la recibieron todas las Teresianas.

Ya estaba completa la Misa.

TEATRO DE NIÑOS

DON PANCHICO

Sainete en dos actos, original del bachiller don Sancho, en colaboración
consigo mismo

PERSONAJES

D. PANCHICO	Indiano.
GAVILÁN	Rata.
JUAN PALOMO	Secretario.
COLÁS	Barbero.
LUCAS	Veterinario.
D. SABAS	Cura.
BLAS	Aldeano honrado.
BASTIÁN	Aldeano de pelo en pecho.
PITOS	} Aldeanos.
TONIO	
ROQUE	
BARTOLO	

Dos Guardias civiles y varios aldeanos, como complemento del sainete.

ACTO PRIMERO

(La escena representa la plaza de un pueblo. Al levantarse el telón aparecen varios mozos, unos en pie y otros sentados.)

ESCENA PRIMERA

BLAS, BASTIÁN, ROQUE, ETC., PITOS, TONIO, CANTORES

ROQUE. Mía, Pitos, asíéntate a mi lado.

TONIO. Hazte pa allá, Roque, que estamos mu pretos.

ROQUE. Bueno; pues pasa y no empujes.

BASTIÁN. ¿Estáis ya todos?

TODOS. Sí, sí.

PITOS. No; pues creo que falta Bartolillo.

BASTIÁN. Pues aguardaisos; que no quiero prencipiar sin que él nos oiga. Pa eso ha trabajao el pobre en discurrir las coplas... Míale, míale, ya está aquí.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS Y BARTOLO

BARTOLO. (por la derecha). — ¡Hola, Bastián!

BASTIÁN. Asíéntate, asíéntate, Bartolillo, que vamos a ensayar tus coplas. ¿Qué usted, señor Blas, que empecemos?

BLAS. Bueno.

BASTIÁN. Pues cuanti primero mejor. Y habéis de gritar bien, ¡ricontra!, que se os entienda lo que icís, y que gritéis di alma y que se os entienda. ¿Me entendéis? Que pa eso ha trabajao Bartolillo, pa que se os entienda. ¿Entendéis?

TODOS. Sí, sí.

BASTIÁN. Pues a empezar, y di alma (*cantan algunos villancicos*). Este, haste cuenta que ya está deprendido. Ahora, Bartolillo, que discurra más cantos pal novenario que se va a hacer al Niño Jesús y la Misa del gallo, que este año ha de ser de las buenas, porque hay que obsequiar a Panchico, el hijo del difunto Niceto, que ha escrito a su madre que va a venir al pueblo. ¿No os acordáis lo que le gustaban las fiestas del Niño y cómo cantaba con Lino el organista, que no paicía sino que los mismos angelitos estaban cantando? Parece mentira, parece que fué ayer y ya va pa veinte años que marchó del pueblo.

ROQUE. ¿Y aonde ha estao Panchico toa esa porrá de años?

TONIO. Pues, hombre, deslustrándose.

PITOS. Y deprendiendo ciencias.

ROQUE. ¿Y aonde ha estao?

TONIO. Pues, pues, en las Indias.

PITOS. ¿En las Indias? y también en Europa?

TODOS. Uropa?

ROQUE. ¿Y aonde está eso?

PITOS. Pues, pues, ¿quién no sabe eso? A que lo sabe Tonio también.

TONIO. Uropa? Pues, lejos ¿verdad, Bartolillo?

BARTOLILLO. Ya lo creo, como que está más allá de Alemania y de las Filipinas.

ROQUE. ¡Anda, pues habrá visto cerrocarriles!

PITOS. Y habrá mercao muchísima sabiduría.

BLAS. ¿Pero tú crees que se merca la sabiduría como si fueran tomates?

TONIO. Pues claro que habrá mercao sabiduría. Y por eso dice el Secretario que es una barbaridad lo que estamos haciendo.

ROQUE. Pues ¿qué hacemos nosotros?

BASTIÁN. Sí, ya sé yo que ese mastuerzo de secretario, del albéitar y del barbero, andan diciendo por el pueblo que no conviene recibir a don

Panchico con junciones de iglesia. Porque como vendrá hecho un señorón ya no le gustarán esas cosas. Y lo que yo digo, de mozuelo le gustaban, de grande le gustarán, ¡ricontra! Que estas cosas quedan siempre en la entraña. Cuanti más que si, lo que Dios no permita, ya no le gusta cantar al Niño Jesús, no merece nada, por más señorón y más empingorrotao que se presente. ¿No os parece, ricontra?

TODOS. Mu bien hablo.

BASTIÁN. ¿No le parece señor Blas?

SEÑOR BLAS. Ya, ya.

BASTIÁN. Y ahora por lo mesmo a enseyar otro canto.

TONIO. Pue que se enfaden el Secretario y los otros si nos oyen cantar tanto.

BASTIÁN. Pues, por lo mismo a ver si gritáis di alma.

ESCENA TERCERA

DICHOS Y D. SABAS

BLAS. Aguardaos que viene el señor Cura. (Todos se levantan y descubren.)

TODOS. Felices don Sabas.

SABAS. (por la derecha).—¡Hola! ¡hola muchachos! Hay ánimo para preparar las fiestas del Niño?

TODOS. Sí señor, sí señor.

D. SABAS. ¿Y qué pensáis cantar?

BASTIÁN. Pues las coplas que ha discurrío Bartolillo, que son muchísimo majas.

D. SABAS. Pues ya conozco yo a algunos a quienes no les parecerán tan majas.

BASTIÁN. Comprendío, don Sabas, comprendío. Usted hace referencia a la pandilla del Secretario, ¿verdad?

D. SABAS. ¡Qué! ¿Ya sabéis lo que pasa?

BASTIÁN. Algún ram, rúm haimos oído.

D. SABAS. Dicen que van a deshacer la procesión del Niño Jesús.

TODOS. ¿Qué dicen? ¡qué dicen?

D. SABAS. Que o no sale la procesión del Niño o arman un escándalo.

BASTIÁN. No lo decía yo don Sabas que esos no tienen buena entraña? ¡Ricontra!, que no sale la procesión? Míai muchachos todos a la procesión con la vela en la mano y un buen garrote en la otra. Y sale la procesión aunque haiga que ir todo el camino pisando las narices del barbero. ¡Ricontra! ¿Qué no sale la procesión? Miuste, don Sabas; por dar en la cabezorra a esos tunantes, ma ocurrio sacar no sólo al Niño, como otros años, sino también al Eccehomo, y a la Dolorosa y la Madalena y todos los santos y santas que haiga en la iglesia, que yo me comprometo a llevarlos todos aunque sea pinaos en un carro ¿Qué os parece?

- TODOS.** Mu bien hablao.
- D. SABAS.** (riendo).—Pero hombre no ves que el Eccehomo y la Dolorosa no pegan en una procesión del Niño Jesús?
- BASTIÁN.** Güeno: pero lo que es la procesión sale.
- TODOS.** Vaya si sale.
- BASTIÁN.** Y aunque haiga que arrodear, hemos de pasar junto a la casa del Secretario y junto a la casa del barbero, y junto a la casa del albéitar y allí se ha de gritar di alma.
- TODOS.** Bien pensao.
- BASTIÁN.** ¿Qué tal señor Blas?
- BLAS.** Bien, muy bien.
- BASTIÁN.** Ahora a cantar para que os oiga don Sabas las coplas que él nos ha trabajao. (*Cantan villancicos.*)
- DON SABAS.** Bien, muchachos; eso ha estado muy bien. Animaos y hasta otro rato, que tengo que ver a una enferma. (Váse por la izquierda.)
- TODOS.** Vaya con Dios, don Sabas.
- BASTIÁN.** Conque lo dicho, señor Cura; habrá procesión y si se empeñan, con palos... y too. ¡Andate, ándate! pues ya viene pa acá el Secretario.
- SEÑOR BLAS.** Valiente avefrá.

ESCENA CUARTA

DICHOS Y EL SECRETARIO

- SECRETARIO.** (por el foro).—He escuchado unos graznidós y venía por ver si había alguna banda de gansos.
- BASTIÁN.** Miste, señor Secretario, el graznaor y el ganso, y el pato y el pavo y el palomo lo será uslé, porque a mi ningún Secretario me moja la oreja; porque le doy un estacazo ¡ricontra!
- SECRETARIO.** Hombre, no te pongas así.
- BASTIÁN.** Pues no insulte uslé a quien no se mete con uslé.
- TONIO.** (por detrás).—Atízale Bastián.
- SECRETARIO.** ¿Qué hacfas aquí?
- BASTIÁN.** Pues no ha dicho uslé, só incivil, qué graznar.
- ROQUE.** Anda con él.
- PITOS.** Dale un estacazo.
- BASTIÁN.** Dejame, ¡ricontra!
- SEÑOR BLAS.** Conque usted ¿qué quería?
- SECRETARIO.** Ya sabéis que de un día a otro llegará al pueblo don Panchico.
- SEÑOR BLAS.** Ya, ya.
- SECRETARIO.** Y ya sabéis que hay que hacerle un recibimiento digno.
- SEÑOR BLAS.** Ya, ya.
- SECRETARIO.** Y podéis suponer qué es lo que le gustará, dado el carácter de la persona, sus antecedentes, su ilustración...
- SEÑOR BLAS.** Ya, ya. (*Continuará*)

HIMNO A CASTILLA

Quiero cantar a Castilla
la de la verde besana,
la de la gente sencilla,
como su tierra de llana.

Es Castilla,
con sus campos y sus mieses que el sol dora,
la llanura
de heroísmos y virtudes creadora.
La gloriosa...
La sencilla...
La celosa guardadora de su honor y su bandera...
La triunfante sin mancilla...
¡La grandiosa...!
¡¡Mi Castilla!!!

Hay rosas en sus canchales
y amapola en sus trigales
que inspiran con sus sonrojos
al soldado, los arrojados,
y al poeta, madrigales.
Es el mozo de Castilla
labrador y aventurero,
porque lleva sus amores
en el puño de la esteva
y en la punta del acero.

Te adoro, tierra bravía,
y adoro en Ti a toda España,
porque tu suelo es la entraña
de la Madre Patria mía.

En la tierra castellana
tengo mi cuna y solar;
y como buen castellano
a Castilla he de cantar.

Que es Castilla,
con sus campos y sus mieses que el sol dora,
la llanura
de heroísmos y virtudes creadora.

La gloriosa...

La sencilla...

La celosa guardadora de su honor y su bandera...

La triunfante sin mancha...

¡La grandiosa!

!!!Mi Castilla!!!



Ciencia doméstica

Reparaciones y reformas. — Antes de entrar a habitar una vivienda le conviene al ama de casa revisarla escrupulosamente para ver qué reformas y mejoras deben hacerse en ella, conforme a las necesidades o conveniencias de la familia; pues es importantísimo que todas ellas se lleven a cabo antes de instalarse, tanto por las molestias que ocasiona el tener albañiles u otro cualquier obrero en casa, como por el daño que experimentarían los muebles y el grave perjuicio que acarrearán las obras para la salud de los individuos que tengan que estar de continuo en el ambiente de humedad de las mismas.

Una vez llevadas a cabo tales reformas, toda mujer que quiera llenar bien su papel debe preocuparse, llegando en ello hasta la exigencia y obrando con suma vigilancia, de desinfectar su nueva casa; y como no en todos los lugares, como en las grandes poblaciones, encontrará un servicio de desinfección, a cargo del Ayuntamiento, que pueda realizar todas las operaciones necesarias para que la habitación quede higiénicamente habitable, es imprescindible que esté ella muy al tanto de lo que debe hacer y medios que ha de emplear para desinfectar su domicilio, no sólo en el caso que vamos exponiendo, de ir por primera vez a él, sino en el que puede dársele, por desgracia, en la vida, de tener que alojar enfermos atacados de enfermedades contagiosas; en cuyo caso ha de ser extremo su cuidado en tomar medidas previsoras, si no quiere ver a la familia víctima de la invasión microbiana.

Aparte de que es muy laudable la cos-

tumbre de desinfectar periódicamente el hogar, aunque no con tanta intensidad como en los casos expuestos, para librarlo de los insectos domésticos que, por efecto del polvo o de las malas condiciones del edificio, pudiera haber, y que, todos ellos, más o menos, son propagadores de enfermedades.

Medios de desinfección. — Actualmente resulta esta labor muy fácil con los antisépticos químicos, que tienen la propiedad de no atacar los enseres de la habitación; aunque lo mejor sería hacer la esterilización por medio de vapor a una temperatura de 120 o 130 grados; pero esto, en la mayoría de los casos, resulta imposible, y, generalmente, no se emplea más que en quirófanos y estufas de salas operatorias.

La desinfección se realiza, comúnmente, por medio de gases o vapores que, penetrando fácilmente por los recodos, aberturas y escondites de la habitación, esterilizan perfectamente sin deteriorar los muebles, cortinas, pinturas, etc., la manera de practicar esta desinfección es, ordinariamente, por tres clases de gases: el gas de *formol*, el gas *sulfuroso* y el gas *cianhídrico*.

En el número próximo expondremos cómo han de emplearse estos desinfectantes, así como otros muchos que conviene usar corrientemente en las limpiezas generales de cada semana, no olvidando tampoco la forma de desinfectar enseres y ropas de enfermos, por parecernos de absoluta necesidad y reconocer que en nuestro país está más abandonado u olvidado de lo que se cree.

X. y Z.

La Virgen de la Peña

CANCIÓN DE LA PROVINCIA DE VALLADOLID

(Me la dictó mi padre)

Harmonización de ENRIQUE VILLALBA, O. S. A.

Allegretto (M. d. = 60)

The musical score is written for voice and piano. It features a key signature of one flat (B-flat) and a 3/8 time signature. The tempo is marked 'Allegretto' with a metronome marking of 60. The score is divided into three systems of music. The first system contains the instrumental introduction. The second system begins with the vocal melody and piano accompaniment, with the lyrics: 'Er la Vir-gen del Al-to cuan-do can-tan / Er la Vier-ta del pue-blo cuan-do can-tan'. The third system continues the vocal melody and piano accompaniment, with the lyrics: 'lar par-to za-go ler- / lar mo-zar bo- / lar er-cu chan-suso-mo / lar sus to-no dar ce-ler-rio lar'. The piano part includes various rhythmic patterns, including triplets and sixteenth notes.

Estribillo

le - mo - ra - na - ara - cio - va
 i - Gua - vi - va - ma - fer - ra - ni - ca -

- que la Vir - gen - le pro -
 que vi - va - su - gran - sa -

le - ja! i - Ben - di - la - se - ar - ser -
 le - ro! i - que - vi - va - la - Vir - gen -

ra - na - que - tie - ner - un - ger - bo
 ci - ta - que - sa - ba - lo - mu - cho

- que - na - ra - as -
 que - ta - que - ro

ritard. molto

D.C. al fine

D.C. al fine

Geraso y Tom

(Continuación)

El primer pan y queso

Curiosa iba a ser la suerte de Geraso en aquella isla...! ¿Qué haría...? ¿Cómo viviría...? La isla de Robinsón era otra cosa. En comparación de su isla, aquella era un paraíso. Geraso, en su primera noche, durmió agitadamente, como es natural, y soñó mucho. Soñó que venía Tom y le trataba muy cariñosamente...

Soñó que venía mucha gente y la recibió con toda afabilidad; y en cuanto notaba en alguno algo de disgusto, le pedía perdón y le decía que, por Dios, no se fuesen de allí... Soñó hasta que venía el sastre a pedirle cuentas; le reconoció: era el mismo de

Noruega; pero le recibió con sonrisas y diciéndole que le pagaría al punto, pero que no se fuese... Soñó hasta en mil animalillos: en gatos, pájaros y mosquitos..., y prohibió a todos que a ninguno maltratasen ni matasen... Estaba escarmentado.

Pero cuanto más contento estaba de ver tanta compañía... ¡Despertó! ¡Pobre Geraso!; y vió que no estaba en Noruega, sino... en la isla de Paniqueso... solo..., solo..., solo! Era el crepúsculo, y en la cueva entraba bastante luz para levantarse.

¡Sintió hambre!; tomó un pan de los que estaban en la cueva, rompió un trozo de queso con el cortaplumas que había

traído en el bolsillo y comió con gran apetito. El pan le pareció exquisito, y el queso... riquísimo. Hubiera zampado un queso entero, pero pensó que se le pudieran acabar las raciones y tomó el consejo de Hipócrates, o Galeno, o quienquiera que fuese el higienista que dijo: «Caseus est sanus, si det avara manus». El queso es sano, cuando le sirve una avara mano. Y se contentó con un trocito.

Para comerlo salió a la fuente que manaba providencialmente a la entrada de la cueva, único destello y movimiento de vida que se advertía en toda la isla. Sentóse allí, y mordiéndolo su pan y queso, estuvo mirando al sol que nacía...

Vió despertar de su

lecho verde y grana, levantarse de su cama del mar, sonreírle como preguntándole: ¿qué tal has pasado la noche...? Miróle Geraso con tristeza de verle reír y con alegría de verle lucir, y en cuanto comió su pedazo de queso y pan se frotó las manos, bebió un puño de agua y se dispuso a recorrer de nuevo la isleta por si encontraba alguna cosa.

Pero, como el día anterior, no halló rastro de ninguna vida: ni un animal, ni un pájaro, ni una hierba, ni un gusano siquiera... se acercó al mar, que estaba mansísimo como un lago, y echó las migas de pan que había recogido, para ver si venía algún pez a cogerlas... Todo inútil; no asomaba ni un pez en toda la



orilla... Miró al aire: ningún pájaro, ningún insecto, ni el más mísero mosquito cruzaba la atmósfera... Miró a lo lejos por todo el horizonte y no apareció ni una barquichuela, ningún vapor, ni siquiera una piragua... Agua y agua y agua.

Allí no tenía más compañero que el sol. Y no tenía nadie con quién hablar, ni a quién expresar sus sentimientos.

El y el sol se miraban frente a frente durante una, dos, tres, cuatro, cinco y seis horas. Cuando estuvo el sol más alto, Geraso se echó a llorar sin poderlo remediar y se sentó y empezó a hablar consigo mismo, diciéndose: ¡Qué estúpido fui ayer! Yo pedí a Dios que no me pusiese delante ningún vivo, que no quería ver a nadie, que prefería estar solo, solo, solo... Y estoy solo... Pero, ¿y qué voy a hacer solo...? ¿Qué hago yo en esta isla...? ¿Cuánto tiempo estaré...? Tengo pan y queso que no sé quién ha dejado en esta agreste despensa... Pero, ¿y cuando se me acaben...? ¿Podré salir de aquí...? Pero, ¿en qué...? ¡Criador del cielo y de la tierra, aquí es necesario tu poder, esto es la nada, es necesario sacar muchas cosas de la nada!; ¿cómo...? ¡Ven en mi ayuda, Dios mío; auxiliadme, Padre nuestro que estás en los cielos...!

El pobre Geraso, que ya tenía olvidada la oración y más bien maldecía de Dios que le bendecía..., entonces, por primera vez desde hacía diecisiete años, oró.

Y después de orar sintió consuelo, y casi alegría, y hambre, y dijo:

—Voy a comer, que ya debe ser hora, y después discurriremos. Alegrémonos, ¡ea!, y si es preciso morir... moriremos. Pero no será preciso. Y comió otro pedazo de pan y otro trocito de queso, y un gran sorbo de agua en el hueco de sus manos.

Alegre, entonces, entonó un canto de su tierra, que decía así: «Si tengo pan y queso y un palmo donde estar, daré a Dios muchas gracias, ¡a vivir y a cantar!» Y añadió: Los días que aquí viva voy a vivir contento, sin maldecir a Dios, como en Noruega le maldije, y sin duda me han traído acá, a este presidio.

Se acordó de lo que estudió en geografía, y tomando el bastión que allí había en la cueva, lo puso vertical y midió la sombra, y calculando que era aún casi mediodía y estaba el sol en el punto más alto, encontró que estaba en un país tropical, lo cual le alegró mucho, porque así no tendría ni mucho frío ni días cortos. Vió también que los días serían siempre bastante largos e iguales, y en seguida se dispuso a vivir lo mejor que pudiese y ver cómo podría salir de allí. ¡Difficil empresa!

Pero resolvió una cosa que nunca había hecho: ¡trabajar, discurrir! Y aún morir allí, si fuese necesario... ¡pero alegre!

Y lo primero, construyó un reloj de sol, para conocer las horas.

(Continuará)



Ciudades sobre islotes.—Prescindiendo de las que se encuentran en Asia, Africa, y América, podemos citar cuatro poblaciones importantes de Europa situadas sobre islotes: Venecia, Gante, Amsterdam y Stokolmo.

Venecia está edificada sobre 118 islitas que se comunican por medio de paralelas. Viene después Amsterdam, que extiende sus edificios en cien islas unidas por trescientos puentes. Gante está sobre 26 islas con 280 puentes, y Stokolmo, la Venecia del Norte, en una infinidad de islotes que hacen de la capital de Suecia una de las más interesantes y pintorescas ciudades del mundo.

*

Influencia de los colores.—Hay animales como las serpientes, las hormigas, las gallinas y otros, que se muestran muy sensibles a la influencia de los colores.

El color azul entorpece y abate a las serpientes, que difícilmente se deciden a salir de su escondite si sobre ellas se proyecta un foco de luz de color azul tenso.

La luz de color rojo, de la cual huyen a todo trance los gusanos, atrae por el contrario, a otros animales. Bien lo saben los pescadores de ranas; por eso ponen un trocito de paño rojo en la punta del anzuelo.

¿Y quién ignora cuánto excita este color la cólera de los toros?

Los vegetales son también sensibles a la acción de los colores. Sometidos a la influencia de los rayos azules su nutrición se debilita, pierden color y acaban por quedar sin vida.

En el hombre, la insolación es causada por los rayos azules más que por los otros rayos del espectro solar.

*

Profundidades del mar.—En la parte septentrional de la isla de Mindanao (Filipinas) se encuentra la mayor profundidad de mar, hasta ahora conocida. La sonda ha bajado en dicho punto hasta 9.780 metros.

*

El sahumero de azúcar tiene más eficacia que el que generalmente se le atribuye.—El azúcar, al quemarse, produce uno de los desinfectantes más energéticos que se conocen. Así lo han confirmado algunos sabios, quemando un poco de azúcar debajo de una campana de cristal que encubría varios tubos con bacilos de tífus, tuberculosis, viruela y cólera. A los pocos minutos, todos estos microbios habían muerto.

Otro experimento vino a confirmar el poder antiséptico del azúcar: quemóse cierta cantidad dentro de una vasija tapada que contenía carne en putrefacción y

no solamente se extinguieron los gérmenes nocivos, sino que se logró que desapareciese por completo el olor de la carne corrompida.

*

Huevos frescos.—Conocen algunas personas si los huevos son frescos tocando con la lengua el cascarón porque en la sensación de calor o frescura que se experimenta, puede reconocerse si el huevo está pasado o no lo está.

Mientras el huevo es fresco, está enteramente lleno, mas, tan pronto como empieza a pasarse contiene más o menos cantidad de aire que se amontona en la punta más gruesa. Como los líquidos que contiene el huevo son mejores conductores que el aire, resulta que, si al aplicar la lengua al cascarón quedan éstos cerca, se apoderan del calor y nos hacen experimentar la impresión de que el huevo está más caliente que nuestra lengua, y lo contrario ocurre si el huevo está viejo o pasado.

La cumbre del Everest.—A pesar de los esfuerzos de la «Comisión del monte Everest», fundada en Inglaterra, han fracasado cuantas ascensiones se han intentado hacer a la cumbre de la gigantesca montaña. Dos atrevidos exploradores, Norton y Lomverwell, consiguieron llegar a una altura de 8.540 metros; mas, fueron tan terriblemente penosos los esfuerzos que tuvieron que hacer para subir el último trecho, que se vieron precisados a regresar al campamento, donde llegaron abatidísimos, y uno de ellos atacado de la ceguera de la nieve.

A pesar de este fracaso volvieron a acometer la empresa otros expedicionarios, Mallory e Irvine, que no regresaron al campamento, nuevas víctimas de la ciencia; perecieron indudablemente en la arriesgadísima empresa sin que nadie pudiera saber a qué altura llegaron ni qué sufrimientos hubieron de soportar en su dolorosa agonía.



Fútbol

CARTILLA FUTBOLISTA

He aquí una cartilla de conducta que un Club extranjero reparte a sus jugadores, y que será muy conveniente a todos los jugadores de todos los Clubs:

En el entrenamiento.—Mostrad la mayor asiduidad para prepararos bien para los próximos encuentros.

Escuchad los consejos de vuestro capitán y de los antiguos y esforzaos para seguirlos.

No juguéis brutalmente, con peligro de herir a uno de vuestros camaradas.

Tened siempre una actitud correcta.

No seáis jamás groseros.

Durante vuestros viajes.—Conducíos siempre de modo perfecto.

No produzcaís ningún escándalo, sobre todo en los trenes y estaciones.

Si cantáis, para distraeros de la monotonía del trayecto, hacedlo de modo que intereséis a los otros viajeros; pero no gritéis y en modo alguno cantéis cuplés obscenos; obrando así, pasaréis por jóvenes bien educados.

No vayáis de café en café, ni antes ni después del partido; no toméis, en todo caso, sino bebidas sanas... y, sobre todo, no alcoholizadas.

Antes del partido no comáis demasiado; estaréis pronto sofocados y no podréis ya ser enteramente útiles a vuestro equipo.

Sobre el terreno.—En el cuarto de vestir poned en orden cuidadosamente vuestros efectos para encontrarlos fácilmente una vez terminado el partido.

Entregad a uno de vuestros amigos que no jueguen todo lo que tengáis de valor (cartera, reloj, etc.), así no tendréis que temer ni robo ni pérdida.

Presentaos en el terreno de modo perfecto, en columna de uno, tras vuestro capitán; daréis en todo la impresión de un equipo disciplinado y a los espectadores les agradará.

Tened siempre una presencia correcta: rostro afeitado, cabello peinado, pantalón blanco lavado, botas engrasadas, etcétera.

No miréis a vuestros adversarios como enemigos; fraternizad al instante con ellos.

Antes del «kick off».—Responded, a invitación de vuestro capitán, con tres hurras enérgicos y breves en honor de vuestros adversarios.

Durante el «match».—No debéis, en ninguna circunstancia, gritar y hacer observaciones a quien sea; sólo vuestro capitán tiene derecho a hablar.

Respetad, ante todo, las decisiones del árbitro; no protestéis jamás contra ellas; vuestro capitán está allá para hacerlas, y estad sin temor, lo hará si lo juzga a propósito.

Respetad igualmente a vuestros adversarios y a los espectadores; no excitéis, sobre todo, a estos últimos.

Conservad siempre vuestra calma; jugad concienzudamente para vuestro Club; practicad un juego de equipo y no personal; no sois vosotros quienes debéis ganar, sino vuestro Club.

Evitad toda brutalidad y toda falta voluntaria prohibida por los Reglamentos.

Por el contrario, no dudéis en reclamar del árbitro, por medio de vuestro capitán, la expulsión de todo adversario que juegue deslealmente y de modo brutal. Espectadores y jugadores no harán sino ganar con esta expulsión.

Conservad vuestro puesto en el juego y seguid a éste constantemente.

En el medio tiempo.—Reuníos alrededor de vuestro capitán, escuchad sus comentarios y sus instrucciones para el segundo medio tiempo.

No bebáis más de un medio vaso de bebida sana; si tenéis limones a vuestra disposición, no bebáis nada y chupad un cuarto de limón solamente; demasiado consumo de limón seca la garganta y da sed.

Después del «match».—Si durante el partido uno de los jugadores adversos ha sido duramente atacado por vosotros, aun involuntariamente, id a presentarle vuestras excusas, aunque él haya comenzado el primero a jugar brutalmente. Así habréis borrado la mala impresión que tenía de vosotros y no pasaréis por un bruto.

Agradeced por medio de vuestro capitán al árbitro por su interés, y si estáis jugando en campo distinto del vuestro, a los directivos del equipo adverso su acogida.

Conservad vuestro juicio personal sobre vuestros adversarios, el árbitro o los espectadores, para vosotros mismos; eso evitará incidentes y disputas futuras.

Vestíos en seguida y, sobre todo, no bebáis bebidas frías, especialmente si tenéis calor.

Durante el regreso.—Observad las mismas reglas que durante la ida; evitad todo grito y canto grotesco.

Si el «match» debe disputarse en vuestro campo.—Reservad la mejor acogida a vuestros adversarios; poneos a su entera disposición para guiarlos o informarlos.

Pedid a los espectadores que den muestras de la mejor deportividad, haciéndoles la mejor acogida, no molestandoles con reflexiones inconvenientes y respetando las decisiones del árbitro.

De este modo vuestros adversarios habrán conservado de vuestro Club el mejor recuerdo; gustarán de volver donde vosotros y se esforzarán en obrar de igual modo cuando tengáis ocasión de ir donde ellos.

En resumen:

Sed disciplinados.

Tened siempre una actitud perfecta y una conducta irreprochable.

No bebáis jamás más de lo debido.

No produzcais ningún escándalo que pueda empañar ni el honor de vuestro Club ni el vuestro.

Religión.—Los jugadores cristianos nunca por el juego deben dispensarse de cumplir sus deberes religiosos. Y todo jugador respetará la religión de sus compañeros.

Siempre.—Todos los jugadores de nuestro equipo hemos de procurar no desacreditarlo con nuestra conducta desordenada o irreligiosa, para no ahuyentar de nuestro equipo o Club a los jóvenes buenos que quisieran pertenecer a él si no tuviesen recelo de hallar obstáculos a su buena educación. Nuestra conducta ha de ser limpia, honrada, cristiana y simpática, llena siempre de dignidad, urbanidad y jovialidad.

Todos los jugadores debemos tener presente que el deporte no es nuestra principal ni ordinaria ocupación, sino una diversión conveniente. Y por tanto que antes que jugadores hemos de ser cumplidores de nuestros deberes personales, familiares, sociales y religiosos.

De otro modo resultaríamos compañías peligrosas.

No porque salgáis de vuestro pueblo a jugar el partido en otro sitio os creáis dispensado de vuestros deberes religiosos ni sociales, por estar en pueblo ajeno. Si esto se hiciese muchas familias no dejarían salir a sus hijos a los partidos.

CRONICAS CORTAS



JULIO

Día 1 Con los cultos acostumbrados terminó ayer el mes del Sagrado Corazón de Jesús, al que tantas cosas hemos pedido para nuestra amada Patria, nuestros mayores, nuestras familias y para nosotros mismos. De Él lo esperamos todo.

Sale una colonia de cuarenta niños para el Balneario de Medina del Campo. Todos proponen divertirse mucho en estos días de vacación.

2.—Para moldear corazones pequeños y blandos como la cera, basta una mano cariñosa; para los duros, hace falta energía y rigor, impregnados de amor.

3.—Aprovechemos el descanso para preparar el trabajo. Toda labor prevista se realiza con más prontitud y perfección.

4.—En todas nuestras obras, dice un ilustre escritor, hemos de poner un poco de corazón. ¿Nos será muy difícil hacerlo así?

5.—El medio de llegar a ser irreprochables es no hacer nada de lo que reprochamos a los demás.

6.—Para que no pesen los negocios, conviene llevarlos por el camino que deben ir y no agua arriba.

7.—Las cuatro cosas más difíciles son: conocerse a sí mismo, callar un secreto, perdonar una injuria y emplear bien el tiempo.

8.—Se debe mandar, especialmente en un aula, poco y bien. Quien da repetidas órdenes, demuestra que no sabe sostener su autoridad.

9.—Nuestras niñas están muy alegres pensando que mañana, Dios mediante, irán a Medina, y, como sólo pueden ir cuarenta, inquietan curiosillas: ¿Quiénes serán?

10.—Cambio de colonia. Se descifró el enigma y las agraciadas emprenden el viaje llenas de satisfacción.

11.—Nuestros niños, que regresaron ayer del Balneario, comentan con los que no fueron sus correrías por el campo. Éstos escuchan entusiasmados y esperan impacientes poder hacer otro tanto cuando les llegue su turno en tandas próximas.

12.—Quien se siente incapaz de realizar grandes cosas, debe dedicarse a las pequeñas con entusiasmo y perseverancia.

13.—Educar no es obligar a hacer, sino inducir a querer hacer.

14.—Instintivamente, al mirar los trigales iluminados por los puros rayos del sol de estío, se piensa en el Sol Eucarístico, que con su presencia alegra cada mañana el alma y disipa de ella las sombras de la imperfección.

15.—Hay quien por no saber hablar

calla; y hay quien calla porque sabe cuál es la ocasión oportuna para hablar.

16.—Con gran solemnidad se celebró la novena del Carmen, terminando con la colocación de la Virgen en la sala de enfermos, donde quedará en su magnífico dosel y a la que acudirán todos como Madre y salud de los enfermos.

17.—Dichosas las almas que desde sus primeros años comprenden lo mucho que se pierde y lo irreparable que es dejar un solo día la Sagrada Comunión.

18.—Día en verdad grande, para todo español, éste en que dimos al mundo entero la lección de dónde puede llegar, con la ayuda de Dios, un pueblo que se propone resurgir.

19.—Fiesta de San Vicente de Paúl, que hasta en el Balneario de Medina se celebró con Exposición Menor, cantos religiosos y mucha alegría.

20.—La primera ley que debe imponerse una persona en plan de amistades es: No exigir del amigo nada que no sea justo, ni ceder a sus peticiones cuando no sean rectas.

21.—Los niños vuelven a suplantar a las niñas en el Balneario, y éstas les ceden sus puestos un poco apenas porque han visto cuán velozmente pasan las horas felices.

22.—No ha perdido el tiempo el maestro que, al llegar las vacaciones, puede decirse: «Mis niños, durante el curso, han aprendido a discurrir.»

23.—Las dignidades pueden compa-

rarse con los pedestales. Cuanto más altos son, más de relieve ponen la pequeñez de la estatua que sostienen, si ésta no descuella por su propio mérito.

24.—Dice un notable pedagogo: «Un maestro puede hacer milagros, pero si no logra fijar la atención de sus alumnos, no logrará enseñar.»

25.—No siempre es cosa fácil aconsejar a los amigos: muchas veces nos falta fuerza de voluntad para contrariarlos, y de ahí resulta que no les damos el consejo que más les conviene, sino el que más les halaga.

26.—Uno de los principales deberes de los educadores es defender de sus propias ligerezas las almas que el Señor les ha confiado.

27.—El materialismo y la fiebre del negocio tienden a metalizar los ideales más puros. Despertemos y robustezcamos en nuestros niños el amor genuino de la Patria.

28.—Por dejarlo encargado fué contado uno entre los siete sabios.

29.—Quien no sufre es el más insufrible; nadie se queja más que quien da mayores motivos de queja.

30.—Nuestros «peques» regresan de Medina silenciosos como nunca. Se conoce que el nublado que encapota el firmamento los tiene sobrecogidos.

31.—La amistad que hace menos ruido es la más útil. Es preferible tener un amigo prudente que un amigo obsequioso; pero lo mejor es que reúna estas dos cualidades.

EL CREDO

